

Entrevista a Francisco Tamarit

Coordinador General de la III Conferencia Regional de Educación Superior de América Latina y el Caribe.
Universidad Nacional de Córdoba. Argentina 11-15 de junio 2018

Licenciado en Física (1985) por la Facultad de Matemática, Astronomía y Física de la Universidad Nacional de Córdoba. Doctor en Física (1992) por el Centro Brasileiro de Pesquisas Físicas (CBPF/CNPq). Rector de la Universidad Nacional de Córdoba (2013-2016). Decano de la Facultad de Matemática, Astronomía, Física y Computación de la Universidad Nacional de Córdoba (2011-2013). Profesor Titular Dedicación Exclusiva de la Facultad de Matemática, Astronomía y Física de la Universidad Nacional de Córdoba. Investigador Principal de la Carrera del Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Fue presidente de la Asociación Física Argentina. Integrante del Directorio del CONICET. Coordinador General de la Conferencia Regional de Educación Superior de América Latina y el Caribe (CRES) 2018.

Entrevistadora: Estela M. Miranda (UNC – NEIES-Mercosur/SPU)

Estela Miranda (EM). Mirando en retrospectiva y también de cara a los desafíos de la educación superior para nuestra región, ¿qué valor tienen las CRES en términos estratégicos, políticos y simbólicos para los gobiernos y las instituciones?

Francisco Tamarit (FT): Las primeras Conferencias Regionales de Educación Superior de la UNESCO (1996 y 2008) tuvieron el objetivo de articular ideas a nivel global entre todas las regiones y sus países sobre un tema que por entonces era motivo de fuertes debates: ¿cuál es el sentido último que las sociedades debían dar a la educación superior? De hecho, aquellas convocatorias de UNESCO buscaron contrarrestar los primeros impactos que había generado en la educación superior la creación de la Organización Mundial de Comercio (OCM) que empezó a funcionar el 1 de enero de 1995. Recordemos que, por entonces algunos países, al principio pocos, solicitaron que la educación superior se considerase un servicio transable y se incluyese su regulación internacional dentro de los acuerdos generales de comercio de servicios. Esto significaba disputar con UNESCO el ámbito de negociación internacional de un bien que sin duda se había transformado en valor estratégico a lo largo del siglo XX. Recordemos que por entonces Federico Mayor Zaragoza era el Director General de UNESCO y a cargo de Educación Superior estaba Marco Antonio Rodrigues Días. A ellos debemos esa impronta tan peculiar que tuvo la declaración de la Conferencia Mundial de la UNESCO sobre Educación Superior llevada a cabo en París, Francia, en 1998. Esa declaración, sin dudas llegó para ser parte del marco conceptual que guía desde entonces los debates sobre esta problemática, al menos en nuestra región, incluso dentro del amplio espectro de opiniones y tradiciones que conviven en nuestros países. Por aquellos años nuestra región vivía los últimos

estentóreos del auge neoliberal, que lejos de traer prosperidad habían promovido altos niveles de pobreza y desigualdad, y esta declaración fue un claro mensaje hacia nuestros gobiernos que habían debilitado los sistemas universitarios públicos ante las profundas crisis que vivían nuestras economías. Los organismos internacionales presionaban para que los gobiernos limitasen el financiamiento los sistemas públicos y eso por supuesto significaba excluir a muchos y muchas jóvenes, al mismo tiempo que crecía la demanda por formación profesional. Los países tuvieron diferentes estrategias para abordar ese aumento de la demanda y sin duda el sector privado fue quien atendió principalmente ese caudal de estudiantes, aun cuando hubo países, como Argentina, que apostaron a crear nuevas universidades públicas localizadas en los territorios con alta demanda social. El mundo asistía al debate sobre si la educación superior debía ser materia de tratamiento internacional a través de la UNESCO, como quería la región, o de la Organización de Comercio. Sé que parece raro visto desde nuestro país, pero esos debates cambiaron el paisaje de la educación superior en muchos países vecinos y del resto del sur global. Por cierto, aquel mundo era muy diferente al mundo actual. Recordemos que no hacía mucho tiempo había caído el bloque soviético y se debatía sí el mundo se organizaría en un orden unipolar estable custodiado por Estados Unidos de Norte América o si íbamos a un mundo de intereses fragmentados, a un mundo multipolar. La disolución de la ex Unión Soviética produjo grandes desajustes, que no fueron sólo comerciales. En América Latina creció la pobreza, la economía se primarizó y el delito se regionalizó promoviendo nuevas formas de violencia interpersonal. Sumado a todo esto, el racismo y la violencia se exacerbaron. Fue una crisis que trajo a la superficie nuevos debates, nuevas agendas que la academia local había minimizado o escondido. A nivel de universidades comenzó a proliferar, en el mundo próspero, la idea de que la educación superior como un bien global, o sea, una actividad que, si bien mejoraba la vida de las personas y las sociedades, dejaba de tener pertinencia territorial. Claro que la educación superior tiene componentes universales, pero eso no significa que deba desentenderse de los compromisos con su gente, con su territorio. Estas discusiones impactaron muchísimo en la región y también en muchos otros países, incluso de Europa, quienes también se sintieron amenazados por estas ideas de cambio y por el avance de la mercantilización de la educación superior. La CRES de 1996, realizada en La Habana, tuvo un poder ordenador muy importante para nuestros sistemas porque fue muy participativa, y me parece que aquellas conclusiones fueron muy potentes como para realizar, desde la región, un aporte importante incluso para otros actores del sistema de cooperación internacional. Después vino la experiencia, que para mí fue desilusionante, de la Conferencia Mundial 1998+5 en París, en 2003, donde claramente las nuevas autoridades de la UNESCO plantearon una revisión de lo que se había acordado en la Conferencia Mundial de Educación Superior de 1998. Creo que a partir de ese momento las CRES sufrieron un proceso de descrédito pues lo que se había discutido tan participativamente de golpe se cambiaba en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, y por suerte, América Latina y el Caribe siguieron apostando a las CRES como espacios participativos y articuladores de acciones integradoras. Desde entonces UNESCO dejó de convocar a cada región para que se organice en una conferencia regional, pero nosotros las realizamos por propia iniciativa, incluso con el apoyo del Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe. Durante la primera década de este milenio vivimos una revalorización, al menos parcial, de los sistemas de educación superior, ciencia y tecnología en muchos países, y fue posible articular acciones entre algunos gobiernos. En ese marco, la CRES de 2008 fue sin duda un evento muy importante, no solo por su declaración, que consolidaba la idea de la educación superior como un derecho humano y un bien social, sino también

porque a partir de los acuerdos logrados y en articulación con algunos gobiernos, como el de Argentina y el de Brasil, nuestra región tuvo una participación activa y unificada en la Conferencia Mundial de Educación Superior de 2009, realizada en París. Esto puso de relieve el valor de la articulación de los países periféricos frente a los acuerdos de los gobiernos de las naciones ricas, siempre más preocupadas en lucrar con nuestras necesidades que en conformar un sistema solidario de producción de conocimiento. Había ciertos acuerdos generales entre las naciones de la región sobre el rumbo que tenía que seguir la educación superior de la región, al menos entre la dirigencia universitaria. En 2018, la CRES se realiza en nuevo contexto, otra vez de crisis, de falta de financiamiento público, en un marco de disputas muy duras en nuestras sociedades, o como decimos en Argentina, de grieta, de herida. La CRES 2018 actuó como un aglutinante, mostrando que era posible alcanzar buenos acuerdos aún en medio de las tensiones propias de la época. La declaración de la CRES 2018 fue acordada en un plenario donde estuvieron representados todos los consejos y asociaciones de rectores y rectoras de la región, públicas y privadas, y las principales redes de universidades, en un hecho inédito. Es importante tener presente que en nuestro continente conviven muchas tradiciones universitarias diferentes, instituciones grandes y pequeñas, públicas y privadas, siendo que entre las públicas las hay nacionales, provinciales o municipales, y entre las privadas las hay con o sin fines de lucro, confesionales y comunitarias. Hay universidades generales, interculturales, tecnológicas, agropecuarias, pedagógicas, artísticas, entre muchas otras modalidades. Tenemos también un riquísimo sistema de instituciones de educación superior no universitaria. Y no solo se acordó una declaración muy contundente y sólida, sino que también se diseñó un plan de acción que se aprobó casi nueve meses después, en marzo de 2019 en Lima, Perú. Creo que hoy las CRES tienen un valor muy especial para América Latina y el Caribe porque, sin duda, las comunidades educativas se siguen sintiendo amenazadas y porque no existen instancias participativas promovidas por los gobiernos en las cuales nuestras comunidades universitarias sean convocados a pensar el futuro. Nos sentimos muy poco contenidos, muy frágiles, muy dependientes de los gobiernos de turno. Cada tanto se renueva en cada país la idea de que los estados deben dejar de financiar a la educación superior y cuando esto sucede, las consecuencias son irreparables.

EM: ¿En qué medida la Conferencia Mundial de Barcelona 2020, en los paneles y debates y en la Hoja de Ruta final, tuvo en cuenta lo consensuado en la CRES 2018?

FT: Yo creo no se tuvo nada en cuenta. Hubiera sido un poco utópico pensar que, porque fuimos la única región que hizo una CRES, tendríamos una participación importante, pero tampoco imaginamos tanta desconsideración hacia una conferencia que había sido muy difícil de organizar y había resultado tan provechosa en acuerdos. Creo que como CRES no fuimos escuchados. En particular el sistema público universitario estuvo sub-representado. Esta vez la UNESCO no se dejó sorprender por América Latina y el Caribe, como sucedió en 2009. Te aclaro que no participé presencialmente pero, como muchas personas, pude asistir virtualmente a casi todas las actividades.

EM: A propósito de la participación de redes, asociaciones, consejos, etc. Podemos decir que la constitución de ENLACES (Espacio Latinoamericano de Educación Superior) en la CRES 2018 marcó un evento fundacional para la integración académica regional y una continuidad de la CRES 2008?

FT: La idea de ENLACES surge de la conferencia de 2008 y pude vivenciar todas las dificultades constitutivas que tuvo esta idea, primero como rector y luego como coordinador general de la CRES. No quiero revisarla aquí, porque sería muy largo. Lo cierto es que en la década que va de 2008 a 2018 no había sido posible conformar ENLACES y recién se constituye en Córdoba el día siguiente a la clausura de la CRES 2018, el 15 de junio de 2018, en la Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Córdoba, y el mismo día en que se celebraba los cien años de Reforma Universitaria, antes del acto central que presidió Hugo Juri como rector. Hubo una reunión, en la cual yo participé como invitado, pues no era parte de ENLACES, pero pude saludarlos como Coordinador General de la CRES 2018 y transmitir mis apreciaciones y mis expectativas con ENLACES. Creo que la constitución de ENLACES vino a saldar una deuda que teníamos desde 2008 y yo espero que sea un espacio de encuentro de todos los actores de la educación superior de la región, sin discriminaciones, sin exclusiones, dejando de lado muchas disputas que nos quitan energía y que por cierto habían sido parte de las razones de imposibilidad de constituir esta red antes. Quienes participamos de la organización y de los debates de la CRES 2018 estamos muy felices de que Córdoba haya sido el lugar donde podemos decir que ENLACES, finalmente se constituyó y comenzó a andar.

EM. ¿Cuál es el potencial de ENLACES a futuro en los debates y en la construcción de una agenda para la educación superior en ALyC?

FT: Para mí ENLACES tiene un potencial enorme. Pensemos que en él están representadas las redes, que son el motor de la cooperación regional sur-sur, los consejos de rectores y rectoras, que representan a quienes tienen la responsabilidad de regir a las instituciones, y están también representados los trabajadores y los estudiantes. Lamentablemente sigue faltando un espacio intergubernamental, internacional pero regional, sin tutelajes, capaz de articular políticas públicas regionales de cooperación e integración, y ENLACES mientras, no exista esta coordinación, puede cubrir esa falta. La internacionalización regional del conocimiento no parece ser un valor prioritario para nuestros gobiernos, sea cual sea su signo político. El poder siempre mira al mundo próspero como una fuente de financiamiento y solo imita, sigue el mismo camino, copia criterios de funcionamiento. Es más fácil para un académico latinoamericano o caribeño cooperar con colegas de instituciones europeas o norteamericanas que formar redes regionales. Y eso se debe en parte a que no hay mecanismos, programas e instituciones capaces de articular una agenda común de intereses académicos y coordinar acciones conducentes a impactar en nuestras sociedades. Y mucho menos hay financiamiento oficial para promover la cooperación entre la región o con otras regiones periféricas, la llamada cooperación sur-sur. La cooperación norte-sur, en ese orden, sigue siendo la más legitimada a la hora de planificar y evaluar el quehacer académico. Y las únicas agendas que importan son las que surgen de la propia academia. Las preguntas que surgen de la gente, de sus organizaciones, esas no tienen suficiente valor para nuestros sistemas. Ante tantas deudas, tantas necesidades de articulación, ENLACES surgió como una esperanza. Habrá que esperar y ver si ENLACES llega a ser ese espacio abarcativo de toda la región y participativo como se pensó en la CRES 2008, en el cual los actores se pueden sentar y articular verdaderas políticas de integración. Dependerá de que sea capaz de dejar de lado las rencillas que atraviesan nuestro cotidiano regional y que han demorado y demoran nuestra articulación. A lo mejor es demasiado utópico imaginar articular estos debates sin involucrar a los estados y a sus gobiernos. Como te dije hace un momento,

en América Latina en especial hay muy poco respaldo gubernamental para la cooperación regional plena, fuera de las buenas experiencias subregionales que existen.

EM: ¿Cuál es la relevancia de la CRES (2018) +5? ¿Qué se espera de este hito?

FT: Creo que es una muy buena noticia que los sistemas se vuelvan a reunir en Brasilia para analizar los avances y las deudas que surgieron a partir de la CRES 2018. Estoy muy feliz de que la CRES se haga en Brasilia con colegas muy comprometidos del Ministerio de Educación de Brasil y del sistema brasileño de educación superior, bajo la coordinación del Dr. Rui Oppermann. No hay muchas personas en la región que entiendan el valor de la integración, la militen y la defiendan con tanta lucidez e inteligencia como él. Yo soy muy crítico de París 2003 que se llamó 1998+5. Aquello tenía un espíritu revisionista, venían a deshacer lo que otros habían hecho en 1998. Pero no es lo que va a pasar en Brasilia. Escucho al Dr. Oppermann y a los rectores y rectoras brasileñas y siempre que pueden remarcan que la CRES+5 se hace sobre el legado que deja la CRES 2018, y todos sabemos que la CRES 2018 se hizo sobre el legado que dejó la de 2008, que fue magníficamente coordinada por Ana Lúcia Gazzola. A su vez Ana Lucia trabajó sobre lo que se había hecho en la reunión de 1996 bajo la dirección magistral de Luis Yarzabal. Además, cada CRES interpretó la realidad del momento, sus peculiaridades, sin perder la mirada solidaria e integradora, y sabiendo atender a situaciones globales, que fueron cambiando, como fue cambiando el IESALC-UNESCO y la propia UNESCO. Creo que la CRES+5 tiene que seguir esa línea y que la CRES 2018 requiere una actualización pues han pasado cosas muy importantes en la región y el mundo en estos pocos años, como la pandemia del COVID-19, la irrupción de la IA generativa y otras tecnologías disruptivas, la proliferación de los movimientos de extrema derecha, llamados neo-reaccionarios, que ponen en peligro nuestras democracias, entre otros factores. A mí me gusta la idea de poder discutir cómo superar y mejorar lo logrado en la CRES 2018, porque sin duda hubo limitantes. Me parece que los ejes temáticos están muy bien planteados, manteniendo la lógica de que tenemos que discutir los problemas de nuestros pueblos y no tanto nuestros problemas internos. Que avanzamos hacia una comunión de objetivos y no hacia una homogeneización de los sistemas educativos. Rui Opperman fue una persona central en los consensos de 2018, siempre promoviendo el diálogo entre todos los sectores. Es claro que las CRES tienen consecuencias muy positivas para la región, más allá de los debates específicos y de que mucho queda solo en papel. Pero ayudan a tejer lazos de confianza, sobre todo entre las asociaciones y los consejos de rectoras y rectores, pues los vínculos entre ellos no son siempre fluidos. Lamentablemente, seguimos padeciendo la falta de un espacio que reúna a los consejos y asociaciones de rectores y rectoras de universidades públicas pues ya existe una red muy potente que reúne a las asociaciones de las universidades privadas de la región, llamada REALCUP, que cumple su objetivo de ser una voz importante. Algo similar sucede con las universidades interculturales, que se organizan y crecen al amparo de la cooperación. Yo siento que en el ámbito de las universidades públicas no existe aún suficiente convicción como para asumir el esfuerzo y el compromiso de crear algo equivalente, una gran red entre los consejos y asociaciones de rectores y rectoras de las universidades públicas, como también faltan redes de instituciones de la educación superior terciaria. Si estas redes de asociaciones se conformaran y dialogaran con las muchas redes que ya existen, sería más fácil diseñar e implementar acciones de cooperación e integración, y si a esto se sumaran los gobiernos, podríamos potenciar toda la riqueza de saberes que tenemos disponible en la región. A mí me parece que una virtud de la CRES 2018 fue privilegiar la

voz de las asociaciones y consejos de rectores y a través de ellos, de las comunidades educativas y de los estudiosos de la educación superior, la ciencia y la tecnología. Por eso tuvimos tanta participación, más de cincuenta eventos preparatorios, cinco mil asistentes y más de tres mil participantes virtuales, de todos los países. Cada universidad de la región se sintió interpelada, invitada a participar y a aportar. Y eso sin desmerecer el trabajo de los estudiantes, los sindicatos de trabajadores, de las redes de universidades y las organizaciones civiles que se organizan alrededor de la Educación Superior. Ojalá algo similar ocurra en marzo de 2024 en Brasilia.

EM. Qué otros actores habría que incorporar en este gran debate y espacio de articulación de la educación superior latinoamericana y caribeña? ¿Cómo ha sido el diálogo e interacción entre gobiernos/estados y las universidades en el marco de las CRES?

FT: Hubo dos actores que estuvieron muy ausentes: uno fue el sector de la educación superior no universitaria. Si bien contamos con la ayuda del sistema argentino y en especial del de la provincia de Córdoba, que fue muy valioso, no existen redes de estas instituciones como las que existen entre las universidades. Sería muy importante contar con esas redes de instituciones postsecundarias no universitarias porque ellas juegan un rol social central en nuestros países. La participación que logramos con el apoyo de la Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba(UEPC) nos permitió ver todo el potencial de colaboración que hay para explorar, a escala regional, entre las universidades y los sistemas no universitarios. Es difícil reunirlos, pero debemos intentarlo. El diálogo de los sistemas universitarios no alcanza cuando pensamos en el derecho a la educación superior. Estos sistemas terciarios son sistemas más dependientes de lo territorial, tienen mayor capilaridad que las universidades y hacen una tarea fundamental, pues siguen siendo los principales formadores de formadores, de técnicos y artistas. Ellos forman a una porción muy grande de nuestros jóvenes. La universidad latinoamericana y caribeña, muchas veces se olvida o desdeña a este sector y a mí me gusta creer que la organización de la CRES 2028, que espero que se haga, trabajará con el mismo ahínco con el que trabajamos nosotros para lograr una gran representatividad universitaria pero también para lograr una representatividad de todo el sistema postsecundario. Porque también, y esto es muchas veces criticado, hay nuevas formas de capacitarse que tenemos que incluir. No podemos limitarnos únicamente a la formación de grado y posgrado universitaria. Si no pensamos en esta dimensión, entonces el espacio será ocupado por los grandes conglomerados mercantiles transnacionales que buscan hacer negocios en la región. Así como nosotros hicimos un esfuerzo enorme y valioso por incluir a los pueblos originarios y afrodescendientes en la CRES 2018 y ellos saben perfectamente cómo consolidar su participación, en el futuro hay que incluir a los terciarios pos-secundarios.

Hay otro actor que estuvo ausente en la CRES 2018 y que no puede volver a estarlo en las próximas CRES y es el sector de los gobiernos. No podemos seguir teniendo solamente conversaciones entre nosotros cuando dependemos del financiamiento, de las políticas públicas, de los acuerdos, de la cosmovisión que el gobierno tiene sobre la educación superior. ¿Cómo podemos generar espacios de debate para que haya acuerdos mínimos en la región entre los gobiernos y las comunidades educativas? Para que haya diálogo entre quienes tienen poder de decisión en términos de políticas públicas y quienes tienen la responsabilidad de ejecutar esas políticas públicas. Imaginar que en pleno siglo XXI, frente a la tremenda transformación tecnológica que vivimos, haya gobernantes que desprecian la ciencia, el conocimiento, nos retrotrae a varios siglos atrás. Hoy la educación superior

pública, la ciencia y la tecnología están siendo el blanco de un ataque sistemático, que no es más que una parte del ataque hacia nuestras democracias. A mí me parece que es prioritario promover valores democráticos desde la educación, y la universidad no puede estar ausente en esta tarea. Y necesitamos espacios de diálogos permanentes y necesitamos que los problemas de nuestras democracias, que son muchos, estén en la agenda académica, en la formación, la investigación, la extensión y la vinculación. Y las CRES tienen que ser el espacio de articulación también con los gobiernos, por duro que sea hablar con algunos de ellos.

EM: Si bien, las CRES son valoradas como brújula en cuanto a metas y objetivos de políticas para los gobiernos, en general existe una gran dificultad para traducir esas declaraciones en programas de acción. En ese sentido, ¿Cuáles son los principales avances y contribuciones, tanto de los gobiernos como en las IES, desde la CRES 2018? ¿Y cuáles han sido las dificultades?

FT: Vos sabés que soy bastante crítico con la región en ese sentido, a veces me quedo con la sensación de que se hacen las CRES, se hacen las declaraciones, se guardan y se sacan a relucir cuando se está preparando la próxima CRES. Hace poco tuve una experiencia muy buena al participar de una reunión del Consejo de Rectores por la Integración de la Subregión Centro Oeste de Sudamérica (CRISCOS) que se realizó en Cuzco, en Perú. Se trata de una red muy interesante, con un apelo muy fuerte a la cooperación subregional, con una visión muy inclusiva de la integración y allí reparé que por suerte hay mucha gente que conoce, que aprecia y utiliza el trabajo de las CRES, hay jóvenes que hacen un trabajo maravilloso, con bajo perfil, diseñando el futuro de sus instituciones y pensando en el futuro de la región. Esto me alegra mucho. Para eso hacemos las CRES. Hay gente en todas las universidades pensando en mejorar. Falta solo más articulación. Entonces, me parece que en la medida en que las CRES sirvan para hacer esta tarea, seguirán siendo útiles. Pero también sería útil que las CRES fueran reconocidas por los gobiernos como una forma de dialogar con los sistemas a escala regional. Quizá sea mucho tener que esperar diez años entre una CRES y la siguiente. Tal vez sea mejor hacerla cada cinco años con otro tipo de modalidad. La CRES declaró un montón de cosas, pero los gobiernos siguen siendo, en un sentido, indiferentes a lo que se declara. Eso no significa que, eventualmente, algún gobierno tome un aspecto u otro y lo trate de implementar. Porque inclusive algunos lo venían cumpliendo antes de la CRES. Pienso en las políticas públicas de acciones afirmativas contra la exclusión de minorías que diseñó Brasil y que tanto éxito tuvieron para incluir sectores que fueron históricamente marginados, como afrodescendientes e indígenas, entre otros. Si no se hacen esfuerzos, se invisibiliza a muchas minorías en la región, y la universidad no puede ser cómplice con su pasividad frente a esta catástrofe. La experiencia muestra que, si no se implementan políticas afirmativas, no vamos a conseguir ser inclusivos. Y la CRES nos permite compartir estas experiencias virtuosas, aprender entre todos.

EM. ¿Cuáles son los principales desafíos pendientes que se deberían debatir en la CRES+5 con vistas a alcanzar las metas para el 2028?

FT: Un eje rector para mí es que nos organicemos alrededor de las demandas de nuestras sociedades y no alrededor de nuestros intereses académicos, de nuestro quehacer interno. Que pensemos como actores que están para servir a una comunidad de aproximadamente seiscientos cincuenta millones de latinoamericanos y caribeños que nos necesitan. Y rescato que esta idea se ha preservado en la

CRES+5, a la vez que se han incluido algunos eje nuevos, como la experiencia de la pandemia del covid-19, los problemas propios de la financiación y la gobernanza, el papel de las mujeres, la autonomía y el futuro de la educación superior en la región. Somos tan diversos que en lugar de converger en prácticas institucionales debemos converger en metas y objetivos, y pensar estos objetivos y metas a partir de la demanda social y de las transformaciones que debemos realizar hacia el interior de nuestros sistemas para acompañar a nuestro continente. Hay problemáticas estructurales de la región que tienen que estar más presentes en la agenda de nuestras instituciones de educación superior universitaria, no universitaria y en nuestras agendas de ciencia y tecnología, y estas agendas no pueden ser solo la suma de muchas agendas locales. Tenemos que tener un rumbo regional centrado en la cooperación sur-sur. Vivimos esta dualidad de sentirnos parte de una región rica en recursos naturales, pero, al mismo tiempo, desigual, injusta e insostenible. Debemos trabajar conjuntamente el problema de la pobreza y la falta de derechos, la necesaria transformación de la matriz productiva, la integración cultural de nuestros pueblos, los problemas de nuestras democracias, la violencia interpersonal y la regionalización de los cárteles delictivos y el colonialismo estructural que subsiste en nuestras culturas y que promueve formas sofisticadas de explotación, racismo y discriminación, marginando a los pueblos indígenas y afrodescendientes, entre otras minorías. Y hay otros temas, por supuesto, y todo en medio de un proceso de transformación tecnológica acelerado y disruptivo como nunca había visto la humanidad, que promueve mayor concentración de la riqueza, año tras año, y del cual no podemos aislarnos. Y no podemos olvidar la tendencia a mercantilizar la educación, no solo de la superior, pues ya tenemos experiencias en la región de privatización de la educación básica. En última instancia, se trata de discutir cuál es la idea de desarrollo que tenemos. Porque hemos heredado una idea de desarrollo de la posguerra que está muy consolidada en las instituciones académicas la cual básicamente nos relega al rol de acompañar una agenda global de producción de conocimiento básico que no es del todo pertinente para nosotros. En esa concepción, a nosotros nos cabe aportar nuestros talentos humanos, pero participamos muy poco en los procesos de transferencia tecnológica y sus beneficios.

Un tema que me preocupa especialmente es la integración de América Latina y el Caribe. Sobre todo, la integración entre América Latina y el Gran Caribe. En esto hemos avanzado muy poco en las últimas décadas. Es claro que no hay una vocación de integración real de nuestras élites, a no ser para pensar los procesos comerciales. Pero la integración es mucho más que eso. La mayor parte de nuestras dirigencias se conciben a sí mismas como parte de un norte próspero que nos trata a todos igualmente mal. Y la integración está muy relacionada a la necesidad de aprender a convivir en un marco de mucho más respeto por la diversidad cultural. Tenemos que terminar con este eurocentrismo ingenuo que genera atraso. Se insiste con la idea de que somos exclusivamente herederos de la colonización europea, y eso es, además de un gran error, es una terrible injusticia.

Por último, me parece que la universidad debe invitar a la sociedad a discutir el futuro de cada territorio, provincia, nación y de toda la región. Tenemos una gran incapacidad de imaginar un sistema de educación, ciencia y tecnología integrado. Y para imaginar un sistema integrado tenemos que tener una agencia latinoamericana y caribeña de promoción de la cultura y el conocimiento. Acá es muy importante incluir al arte como elemento fundamental, casi siempre marginado de los debates. En última instancia, el derecho a gozar de la creatividad humana es algo primario para nuestra especie, y América Latina y el Caribe son riquísimos en producción artística. Hay otros saberes que nos cuesta tipificar como conocimiento científico, pero no por eso dejan de ser fundamentales, como por ejemplo la diversidad lingüística de la región. Entonces, tener una agencia

donde se promuevan políticas articuladas de financiación alrededor de demandas humanas, sociales, productivas y culturales que permitan encontrar esas soluciones en las universidades, hoy es fundamental. Tenemos una riqueza de conocimiento, un potencial cultural tan grande que resulta doloroso que no se puedan poner en común. Si tanto gusta parecerse a Europa y América del Norte, se debería comenzar por indagar cómo ellos usaron y usan a la cultura y el conocimiento como herramientas de integración. En última instancia, sufrimos las consecuencias del desdén hacia el conocimiento. No somos invitados a discutir un futuro común porque nadie está pensando en ese futuro, y menos aún en la integración regional. Todo se piensa en escala nacional y para un futuro inmediato. Nadie duda de que nuestras universidades tienen hoy un vínculo fuerte con el territorio, pero lo que no terminamos de entender es que compartimos un destino común. Así como abordamos los problemas con el conocimiento dentro de cada nación, también al problema de la integración tenemos que abordarlo con el conocimiento. Subyace a todo esto la idea de descolonizar nuestros sistemas de educación superior. No nos alcanza con tener mucho impacto bibliométrico, también debemos tener impacto social. Los países desarrollados saben muy bien cómo y por qué invierten sus fondos en conocimiento y cultura. Y el pensamiento colonial nos asigna a nosotros un rol subordinado. Y esta no es una crítica al que financia ciencia desde el Norte; esta es una crítica a nosotros y en especial a quienes planifican cómo y para qué se financia la cultura y el conocimiento en nuestra tierra.

EM: ¿Cómo ves los actuales escenarios regionales y globales en relación a las condiciones para propiciar estos objetivos de cara al 2028?

FT: Veo mucha incertidumbre para el planeta y la región. Problemas como el cambio climático deberían motivar la cooperación, pero parece que no hay suficiente sensibilidad frente a un presente tan difícil. Estamos afrontando un embate antidemocrático en muchas naciones y no tengo claro a dónde desembocarán estos procesos. Crece la violencia interpersonal, institucional e internacional. Las guerras pululan por todo el globo y sabemos que están motivadas por problemas de mercado. Nada de esto es nuevo, son experiencias que ya vivimos, pero ahora tienen un componente de fundamentalismo fuerte que no veíamos en la región desde hace muchas décadas. Creo que la CRES 2028 nos va a encontrar con la misma incertidumbre, con las mismas disputas o peores aún. Debemos generar conciencia, sobre todo en nuestra sociedad, en los amigos que tienen las universidades, en los gobiernos locales, en el territorio, asociaciones no gubernamentales, e ir generando este consenso que busque la integración y la articulación de nuestro sistema. Esto requiere de inversión, y en especial de inversión pública. Tampoco es una cantidad enorme de dinero la que hace falta. Al principio lo que se necesita es mucha vocación de trabajo, una política de muy buena vecindad para entender que inicialmente habrá países que no tendrán capacidad de financiar pero aún así tienen que ser parte de este proceso, pues todos tienen algo para aprender y enseñar. Me parece que sería un desafío muy interesante para la región, que nos permitiría dialogar sobre muchos temas postergados: la descolonización, cuál es nuestra concepción de desarrollo y cuál es el futuro geoestratégico que imaginamos para la región, entre otros. Y, en última instancia está siempre pendiente esta idea de que nosotros estamos solamente para recibir ayuda, cuando yo creo que nosotros también tenemos mucho para dar, mostrando que somos una región llena de problemas, pero en la cual la gente sabe disfrutar la vida por fuera del paradigma de la competencia y el consumo. Podemos aportar sin duda a la más disruptiva de la transformación: la de generar una nueva

concepción del buen vivir. Si vamos a seguir pensando que vivir bien es trabajar muchísimo para comprar y consumir, estaremos reproduciendo e innovando dentro de un paradigma perimido. Si apostamos a que domine la competencia y la violencia por sobre la cooperación y la empatía, no encontraremos la salida. Me parece que tenemos mucho para decir y para cambiar, para mejorar. Creo que tendríamos que colaborar mucho más con África, Asia, Oceanía. Todo es parte de un mismo diagnóstico, esta idea de que estamos atrapados en una concepción que nos limita y nos condena a vivir en la pobreza en medio de mucha riqueza.

¡Muchas gracias!